

INFORMES PORTAL MAYORES

Número 73

Lecciones de Gerontología

Coordinadores: Ignacio Montorio Cerrato, Gema Pérez Rojo

XIV. Aspectos sociológicos del envejecimiento

Autor: López Doblas, Juan; Díaz Conde, María del Pilar

Filiación: Universidad de Granada

Contacto: jdoblas@ugr.es

Fecha de creación: 14-05-2007

Para citar este documento:

LÓPEZ DOBLAS, Juan; DÍAZ CONDE, María Pilar (2007). "Aspectos sociológicos del envejecimiento". Madrid, Portal Mayores, *Informes Portal Mayores*, nº 73. Lecciones de Gerontología, XIV [Fecha de publicación: 14/06/2007].

<<http://www.imsersomayores.csic.es/documentos/documentos/lopez-aspectos-01.pdf>>

Una iniciativa del IMSERSO y del CSIC © 2003

ISSN: 1885-6780

ÍNDICE

	Pag.
Presentación del capítulo	3
Objetivos	3
1 <i>El interés social y académico por el envejecimiento</i>	4
2 Definición social del envejecimiento y de las personas mayores	5
3 Aspectos cuantitativos del envejecimiento	6
3.1 Por qué envejece la población	6
3.2 Diversidad entre las personas mayores	8
	11
4 Formas de convivencia y deseo de autonomía	15
5 Familia y relación intergeneracional	16
Conclusiones	18
Lecturas recomendadas	20
Referencias bibliográficas	21

Presentación del capítulo

El interés de la sociología por el envejecimiento data de fechas recientes ya que la edad ha sido tradicionalmente una variable considerada de orden secundario en el estudio de la sociedad. Sólo en las últimas décadas, cuando el peso demográfico de la 'vejez' se ha incrementado en una cuantía muy sustancial, han ido proliferando los estudios sobre la misma, primero a nivel estructural-estadístico y luego a nivel crítico-reflexivo. La mirada sociológica del fenómeno invita a su concepción dinámica (frente a la imagen estática que del envejecimiento suelen mantener otras disciplinas) y enfatiza la heterogeneidad como rasgo definitorio de las personas mayores en la sociedad del siglo XXI (frente a la uniformidad con que tienden a ser tratadas por otras ciencias).

Objetivos

1º. Desarrollar un enfoque crítico en el estudio del envejecimiento y el trabajo con personas mayores.

2º. Proporcionar al lector nociones sociológicas básicas que ayuden a reflexionar sobre el envejecimiento en clave positiva.

3º. Aportar conocimiento sobre indicadores sociales relacionados con el envejecimiento y la situación actual de las personas mayores en España.

4º. Ofrecer pistas interpretativas sobre el profundo cambio social que se hallan experimentando las personas mayores tanto en el plano de las actitudes y los valores, como en el de los comportamientos.

1. El interés social y académico por el envejecimiento

El envejecimiento poblacional se ha convertido en uno de los asuntos más preocupantes hoy día en los países occidentales. Su avance, constatado en ellos al unísono, y sobre todo la celeridad que viene adquiriendo desde los años setenta, han provocado cierto temor no sólo en el terreno político sino también a nivel académico. Con un trasfondo dominado por lo general por el pesimismo, la medicina, la economía, la psicología, la demografía, la sociología y otras ciencias (sociales y sanitarias) han solido abordar el envejecimiento como problema y caracterizar a los viejos, ancianos, tercera edad, abuelos, jubilados o personas mayores en términos de pasividad, carga o dependencia. Por aquí y por allá, la 'vejez' ha sido definida mediante un sinnúmero de adjetivos a cuál más negativo, amén de la confusión terminológica que apuntamos.

Se han formulado complejísimas ecuaciones matemáticas para calcular el día en que sufriremos la tan mentada socialmente quiebra de la hacienda pública. Se han realizado infinidad de proyecciones demográficas con el objeto de hipotizar sobre cuándo llegaremos a ser países irreversiblemente viejos (y decadentes, a decir de prestigiosos autores¹). En España, sin ir más lejos, se han subvencionado multitud de investigaciones sociológicas sobre cuestiones tan 'atractivas' como la pobreza, el duelo, la soledad o las residencias. Una gran parte de los manuales de geriatría o gerontología publicados en los años noventa o antes contenían básicamente lecciones sobre los déficits y trastornos que se acumulan entre la gente de edad elevada, frágil y costosa, según se insinuaba. Las lecturas que se hacían del envejecimiento estaban plagadas, en resumidas cuentas, de advertencias sobre sus efectos para la buena marcha de las sociedades.

Como es obvio ha habido excepciones, es decir, investigadores sociales que han tratado el envejecimiento en clave positiva y lo han asociado a la actividad, la productividad familiar y social o la solidaridad entre generaciones, entre otros aspectos. En los últimos años, tal *halo de luz* parece haberse extendido o al menos

¹ Léanse por ejemplo los escritos de Sauvy (1989) o de Dumont (1995).

abrirse camino entre unas sombras que, aun así, siguen cultivándose por otro lado. Que se interprete mejor o peor este fenómeno depende mucho del grado en que realmente sea conocido. Pues bien, una de las principales contribuciones de la sociología ha de ser suministrar a los profesionales del envejecimiento (quienes se dedican a pensar sobre él o quienes trabajan cara a cara con personas mayores) dicho saber empírico, sea en su dimensión cuantitativa (a través de indicadores sociales, explicaciones estadísticas, etc.) o cualitativa (mediante planteamientos críticos, reflexivos). Y es en este sentido en el que queremos aprovechar las siguientes páginas.

2. Definición social del envejecimiento y de las personas mayores

Suele considerarse de manera convencional ‘mayor’ a toda persona que cuente con 65 o más años de edad. Sin embargo, es preciso advertir sobre lo arbitrario de esta decisión: ¿por qué no se estiman los 60 años, o los 70, como límite inferior a la hora de clasificar a este grupo de población?. El socorrido ejercicio de combinar a partir de los 65 años a los ‘mayores’ con los ‘jubilados’ no puede tomarse como criterio sólido ya que viene siendo práctica habitual en nuestras sociedades el invitar a muchos trabajadores a abandonar el mercado laboral a una edad más temprana; ello sin olvidar que abundan las personas que jamás se jubilan porque, sea material o formalmente, nunca han estado insertas en tal mercado². En cualquier caso, ¿alguien que tenga hoy 65 años responde al mismo perfil sociológico (rasgos como su salud, nivel educativo, su posición económica, su red familiar, incluso su apariencia) que quien poseyera idéntica edad hace un par de décadas?. En absoluto. Además de arbitraria, es una decisión artificial porque nadie se levanta una mañana siendo ‘persona adulta’ y a la siguiente ‘mayor’ por el mero hecho de celebrar un cumpleaños.

² Aludimos sobre todo a tantas y tantas mujeres ocupadas siempre como amas de casa, tarea que siguen ejerciendo hasta el final de sus días sin llegar por lo tanto a jubilarse nunca. Muchas de ellas, además de haberse dedicado plenamente a sus hogares, realizaron actividades laborales pero sin llegar a darse de alta en la Seguridad Social, por lo que deben conformarse ahora con las peores pensiones del sistema público, según analizaremos después.

Pero aun aceptando operativamente el criticado umbral, sería necesario añadir otro importante matiz: la heterogeneidad interna como característica de la población mayor, es decir, las enormes diferencias que se dan entre unos individuos y otros. Y ello atendiendo de salida a la propia variable edad puesto que con más de 65 años es fácil identificar dos grandes generaciones; algunos autores las han denominado 'tercera edad' versus 'cuarta edad' y otros 'nuevos jubilados' versus 'vejez', aunque lo preferible quizás sea subrayar simplemente el que cada vez haya más habitantes de 65 o 70 años que conservan en vida al padre y/o a la madre, ya octogenarios, nonagenarios o tal vez centenarios. Es el milagro de la supervivencia, una impresionante conquista humana manifiesta en el auge que vienen registrando en las últimas décadas las familias de cuatro y hasta cinco generaciones (tomando como referencia a una persona de unos 50 años, hablamos de su hijo y su nieto, por una parte, y su padre y su abuelo, por la otra)³. Volveremos a indagar sobre ello a nada que mostremos datos estadísticos de obligado conocimiento.

3. Aspectos cuantitativos del envejecimiento

3.1. Por qué envejece la población.

Del Padrón Municipal de 2006 se desprende que casi siete millones y medio de habitantes tienen en España 65 o más años de edad, representando justamente el 16,74% de la población. Una de las muchas lecturas que sugiere este dato es que, en cuanto llevamos transcurrido de siglo XXI, el proceso de envejecimiento demográfico ha dejado de avanzar en nuestro país. Se trata de un hecho transitorio, motivado por la confluencia de dos importantes factores. El más previsible, la llegada a los 65 años de una serie de 'generaciones huecas', relativamente menguadas de efectivos con respecto a las precedentes dada la subnatalidad que tuvo lugar en

³ A efectos sociológicos, debe concebirse la generación como conjunto de personas nacidas en un mismo momento histórico y que comparten a grandes rasgos una misma concepción de la realidad social al haber recibido una socialización común. Con este criterio es fácil distinguir generaciones no sólo en el seno de la familia sino también en el de la sociedad: niños, jóvenes, adultos, personas mayores, ancianos.

tiempos de la Guerra Civil. El menos previsible, el masivo contingente inmigratorio que España está recibiendo en los últimos años, formado su mayor parte por jóvenes que provienen de lugares menos desarrollados para emplearse como mano de obra en sectores muy concretos de nuestro mercado laboral⁴.

Pero con la fabulosa esperanza de vida que disfruta España y, sobre todo, con una fecundidad que permanece en niveles ínfimos, el envejecimiento de la población no tardará en reanudar su avance relativo. Son las grandes razones impulsoras del fenómeno, que registran aquí valores particularmente interesantes:

a) En este primer decenio de siglo XXI, en efecto, la esperanza de vida al nacimiento de la mujer española se está consolidando como la más alta de toda la Unión Europea: los 83,8 años que acreditaba en 2004 superan con mucho el valor promediado en los 25 Estados miembros (que es de 81,6 años); La del hombre español (77,2 años) sobrepasa también con holgura el nivel comunitario (75,3 años), situándose de esta suerte entre las más elevadas de Europa (Sardon, 2006)⁵.

b) Si en clave de longevidad rebosamos bienestar y modernidad, no sucede igual en lo que a la reproducción se refiere. La demografía española encuentra en lo minúsculo de su fecundidad su *talón de Aquiles*. Estancada desde hace un par de décadas en valores muy escasos, es el 'responsable' fundamental de que nuestra población sea, entre todas las del entorno, la que más velozmente está envejeciendo. En 2004 España tuvo un índice sintético de fecundidad de 1,32 hijos por mujer, lejísimos de los 1,80-1,90 hijos que se dan en las naciones noroccidentales, excepción hecha de Alemania (Sardon, 2006). Lo curioso de la situación es que la baja fecundidad, símbolo en otro tiempo de vanguardismo

⁴ Ciertamente es que desde los años ochenta se viene diciendo que España ha dejado de ser un país emigrante para convertirse en receptor neto de inmigración. Ahora bien, sorprende la inusitada rapidez con que esta circunstancia se ha consumado en fechas mucho más recientes. A 1 de enero de 2006, los extranjeros representaban el 9,3% del total de empadronados en España (en cifras absolutas, más de 4.100.000); en 2000, sin embargo, tan sólo suponían el 2,28% (sin alcanzar a sumar por entonces el millón de efectivos). Fuente: Elaboración propia con datos del INE.

⁵ Tan excelentes resultados se deben en gran medida a que la mortalidad infantil sigue batiendo en España récords a la baja: según publica el INE en el Movimiento Natural de la Población, en 2004 fallecieron en 1.765 menores de 1 año; teniendo en cuenta los 466.371 nacimientos que tuvieron lugar, obtenemos una tasa de mortalidad infantil del 3,78%, una de las más reducidas del mundo.

demográfico, afecta en la actualidad como grave problema social a la mayoría de los países del sur y del este de Europa.

3.2. Diversidad entre personas mayores.

De esos siete millones y medio de personas mayores de 65 años que hay en España, el 58% son mujeres y el 42% hombres. La desproporción va *in crescendo* conforme más avanzada sea la edad que se considere: en el tramo de 80-84 años son mujeres el 62% de los efectivos de población y pasados los 85 representan ya el 70% (tabla 1). Esta distribución dispar por sexo apenas ha variado en los últimos lustros. Si nos remontamos al censo de población de 1991, con más de 65 años el 59% de los habitantes eran mujeres y el 41% hombres; y, de cada centenar que superaban los 85 años, cerca de 70 eran mujeres y de 30 hombres. Sea antes como ahora, la población mayor está compuesta por una cifra mucho más abundante de mujeres que de hombres, máxime en las edades más avanzadas.

TABLA 1. DISTRIBUCIÓN POR SEXO DE LA POBLACIÓN ESPAÑOLA DE 65 O MÁS AÑOS DE EDAD. AÑO 2006 (en porcentajes horizontales).

	HOMBRES		MUJERES		TOTAL
	NÚMERO	(%)	NÚMERO	(%)	NÚMERO
65 a 69 años	896.292	46,98	1.011.601	53,02	1.907.893
70 a 74 años	897.252	45,35	1.081.146	54,65	1.978.398
75 a 79 años	686.124	42,27	937.154	57,73	1.623.278
80 a 84 años	428.686	38,17	694.513	61,83	1.123.199
85 y más años	256.175	30,08	595.449	69,92	851.624
TOTAL	3.164.529	42,28	4.319.863	57,72	7.484.392

Fuente: Elaboración propia, a partir de datos del INE sobre el Padrón de Habitantes de 2006.

La cantidad de habitantes que rebasan en España los 80 años de edad se acerca a los dos millones: a 1 de enero de 2006, siendo exactos, 1.974.823. Es un dato que cobra un sentido enorme transformado en magnitudes relativas: sobre el conjunto de los mayores de 65 años residentes en el país, significan el 26,39%; respecto al total de los efectivos de población empadronados en esa fecha en

España (casi 45 millones), representan el 4,42%⁶. Se trata, ambos, de valores sensiblemente superiores a los registrados en el censo de población de 2001 y, más aún, en el de 1991 (tabla 2).

TABLA 2. EVOLUCIÓN DEL PESO DEMOGRÁFICO DE LOS HABITANTES DE 80 O MÁS AÑOS EN ESPAÑA DESDE 1991.

1991	- Número personas mayores de 80 años---→ 1.147.868 - % sobre el nº. personas de 65 o más años (5.370.252)-----→ 21,37% - % sobre el total de la población española (38.872.268)-----→ 2,95%
2001	- Número personas mayores de 80 años---→ 1.580.322 - % sobre el nº. personas de 65 o más años (6.958.516)-----→ 22,71% - % sobre el total de la población española (40.847.371)-----→ 3,87%
2006	- Número personas mayores de 80 años---→ 1.974.823 - % sobre el nº. personas de 65 o más años (7.484.392)-----→ 26,39% - % sobre el total de la población española (44.708.964)-----→ 4,42%

Fuente: Elaboración propia, a partir de datos del INE.

Hay quienes, al hilo de esta progresión, hablan del ‘envejecimiento del envejecimiento’ y se afanan por calcular tasas de ‘sobre-envejecimiento’. Con ello ofrecen una visión simplista del fenómeno, al empeñarse en definir en singular a un segmento de población que cada día que pasa no sólo es más abundante en número sino cualitativamente más plural. De ahí que reiteremos que, más allá de los umbrales demográficos, existen generaciones: tomando como referencia lo que ocurre en la familia, con más de 65 años encontramos a padres y/o madres ancianos/as, probablemente en viudedad, e hijos/as recién jubilados o a punto de hacerlo. Los unos con los otros ensayan pautas relacionales y solidarias que ya no son a la fuerza las tradicionales. Porque el contacto y la vinculación afectiva pueden ser alimentadas sin que se comparta necesariamente el mismo domicilio. Porque la solidaridad no se practica tanto de modo unidireccional (de abajo a arriba en la estructura de edades, como era común antaño), sino en la medida de las necesidades de cada cual.

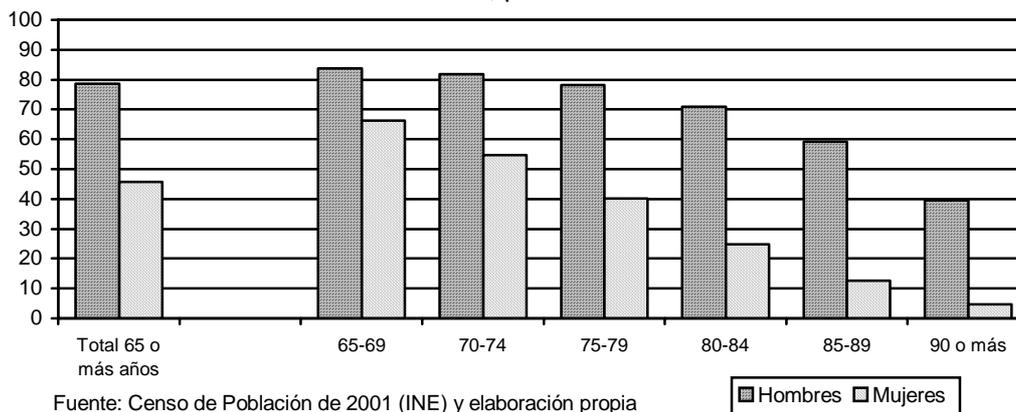
⁶ Algunas comunidades autónomas rebasan con creces estos guarismos. El caso más claro es el de Castilla y León, que es por cierto el territorio español con la estructura demográfica más envejecida (superan los 65 años de edad el 22,60% de sus habitantes): sus 174.713 habitantes de 80 o más años representan casi el 7% de cuantos efectivos de población tiene esta región y más del 30% de los mayores de 65 años.

Uno de los factores que más determinan tales necesidades es el estado civil, variable que por cierto también pone bastante de manifiesto lo diverso del envejecimiento. *Grosso modo*, el 60% de las personas mayores de 65 años se encuentran casadas, cifra que casi duplica a la que representan las situaciones de viudedad; los casos de soltería suman alrededor del 8%, siendo por último muy poco relevantes los de separación o divorcio. Son datos generales, que ocultan realidades bien diferentes en función del sexo. La gran mayoría de los hombres permanecen casados, cerca del 80%, mientras que en lo que a la mujer respecta tal proporción apenas llega a suponer el 45%. En contrapartida, la viudez afecta a un porcentaje significativamente más elevado de mujeres (el 44% de ellas) que de varones (el 13%). La soltería es asimismo algo más frecuente dentro del sexo femenino que del masculino, al contrario de lo que sucede con las separaciones o los divorcios.

Si el matrimonio debe asociarse básicamente con el hombre, la viudedad condiciona la existencia sobre todo de la mujer. Lo llamativo es que ocurra así no sólo entre las personas con 65, 70 o 75 años de edad, sino incluso entre las octogenarias. En el grupo de 80-84 años, más del 70% de los varones están casados y sólo el 23% han enviudado; en esta misma categoría de población, muy al contrario, apenas el 25% de las mujeres conservan al cónyuge mientras que el 65% ya lo han visto desaparecer. Pero es que incluso pasados los 90 años la relación matrimonial, dentro de su menor alcance, continúa protegiendo muchísimo más al sexo masculino que al femenino: con tal edad el 40% de los hombres tienen esposa, frente a una cantidad de mujeres con esposo inferior al 5% (gráfico 1)⁷.

⁷ El hombre enviuada en una medida inferior que la mujer, pero cuando ello ocurre sus consecuencias tienden a ser más duras, en ocasiones devastadoras: mayor incidencia de los trastornos mentales, mayor propensión al suicidio, sobremortalidad, etc.

Gráfico 1. Porcentaje de personas casadas en los distintos grupos de edad, por sexo

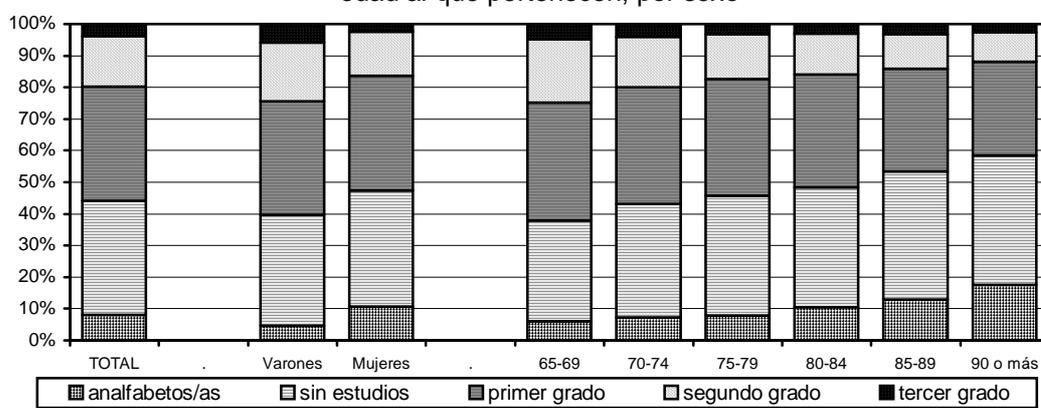


En cualquier caso, comparando estos resultados con los de una década antes, destaca el retroceso que han experimentado en general las situaciones de viudedad: si en el censo de población de 1991 el 33,20% de las personas mayores de 65 años se encontraban viudas, en el de 2001 dicho porcentaje había descendido hasta el 30,89%. El peso relativo de los matrimonios ha seguido la progresión inversa: si en 1991 el 55,85% de las personas mayores estaban casadas, en 2001 significaban el 59,71%. A lo largo de este decenio la soltería ha tendido a ceder importancia porcentual y a ganarla, en cambio, las separaciones y los divorcios.

El análisis del nivel educativo arroja un signo mucho menos positivo. Un dato ha de inquietarnos: en 2001, el 8% de los españoles mayores de 65 años eran analfabetos. Peor todavía, dicha proporción era más del doble entre los españoles de 90 o más años de edad. Conforme más asciende la edad, mayor resulta la tasa de analfabetismo, tasa que por otro lado afecta más al sexo femenino que al masculino: el 10,67% de las mujeres mayores de 65 años padecían este problema, frente al 4,57% de los hombres. Con más de 90 años, la quinta parte de las mujeres eran entonces analfabetas, frente al 9% de los varones. Parece claro que el paso del tiempo irá enmendando este déficit, pero de momento conviene tener en cuenta, al reflexionar sobre el envejecimiento o trabajar directamente con personas mayores, que en esta España de principios de siglo XXI más de medio millón de ellas subsisten sin saber leer ni escribir.

Aparte del 8% de analfabetas, la distribución de las personas mayores según su instrucción académica muestra un 36% que saben leer y escribir aunque carecen de estudios, otro 36% con estudios primarios acabados, un 16% en posesión de estudios de segundo grado y un escaso 4% con estudios superiores. Las diferencias por sexo y edad en todas estas categorías quedan recogidas en el gráfico 2. Piénsese que en un país como el nuestro donde la enseñanza es obligatoria hasta la adolescencia y donde tantísimos jóvenes invierten en educación universitaria, nos hallamos ante una de las variables que más barreras establece en la comunicación social (quizás no tanto en la familiar) entre unas generaciones y otras.

Gráfico 2. Nivel de estudios de las personas mayores según el grupo de edad al que pertenecen, por sexo



El análisis de las pensiones del sistema de la Seguridad Social nos da una idea bastante acertada de cómo es la posición económica de las personas mayores en España, al constituir su principal fuente de ingresos. Si atendemos a las contributivas, en 2005 había concedidas casi ocho millones, la mayoría de jubilación (el 59%) o viudedad (el 27%), cuyos beneficiarios eran básicamente personas de edad superior a los 65 años. Su importe medio se elevó por poco sobre los 600 euros (687 en el caso de las pensiones contributivas de jubilación y 455 en el de las contributivas de viudedad). Son cifras que esconden no obstante una gran variación de unos individuos a otros, reflejando la diversidad interna que como venimos indicando se da en el grupo de población de 65 o más años (gráfico 3). Para empezar, las mejores pensiones van a parar a manos del hombre. Dos comparaciones lo avalan:

1ª. El 78% de cuantas pensiones contributivas reciben los varones son de jubilación; entre las mujeres dicho porcentaje sólo alcanza el 39% puesto que, por sorprendente que parezca, transcurrido el primer lustro de siglo XXI la mayoría de las pensiones que recaen sobre ellas son de viudedad.

2ª. La cuantía media de las pensiones de jubilación arroja un valor más alto en las que perciben los hombres (790 euros mensuales) que en las que perciben las mujeres (482 euros). Es decir, la misma clase de pensión aporta ingresos muy dispares a un género y a otro. Además, el porcentaje medio de revalorización de estas pensiones viene siendo año tras año superior para el hombre que para la mujer: en 2005, el 6,2% frente al 5,5%, respectivamente; en 2004, el 3,7% frente al 3,4%; en 2003, el 5,7% frente al 5,1%.

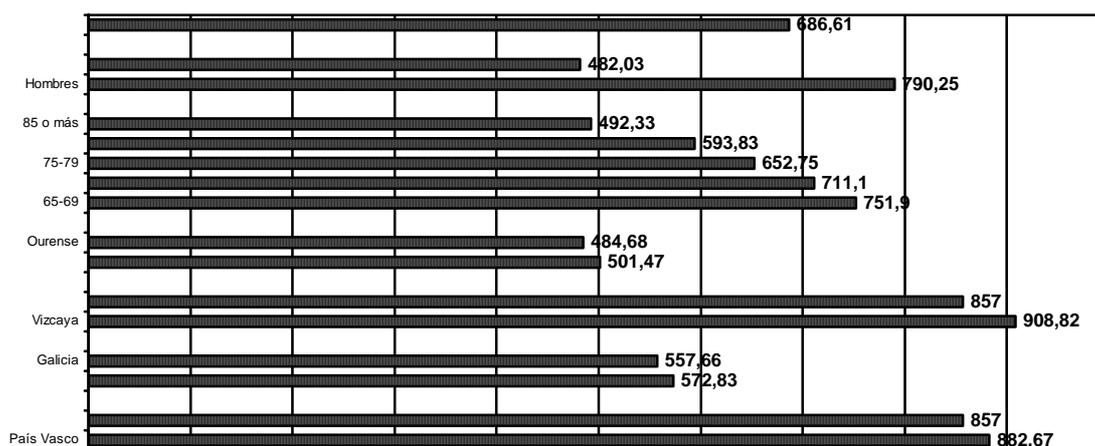
Para los unos y para las otras, poseer más edad es sinónimo de ingresar menos dinero vía pensiones. Quedémonos de nuevo con las contributivas de jubilación; su cuantía media va reduciéndose progresivamente desde los 752 euros al mes para los perceptores de 65-69 años, a los 711 para los de 70-74 años, los 653 para los de 75-79 años, los 594 para los de 80-84 años y los 492 euros para los mayores de 85 años⁸. Otra vez sucede que la misma clase de pensión genera importes muy dispares según qué personas. Es más, incluso las de viudedad menguan su cuantía conforme crece la edad, oscilando desde los 496 euros al mes en el grupo de 65-69 años hasta los 378 en el de 85 o más.

En fin, ser mujer y además anciana condena a la peor de las situaciones económicas. Por una pensión contributiva de jubilación, un varón de 65 a 69 años cobraba en 2005 por término medio 856 euros, mientras que una mujer mayor de 85 años ni siquiera la mitad (392 euros). El sistema español de la Seguridad Social, garantizando hoy día una pensión a la inmensa mayoría de las personas mayores (no olvidemos en este sentido el importante papel que cumplen las *no contributivas*), es sin embargo a la vez fuente de desigualdad económica entre unas y otras. Y lo es no solamente por el sexo y la edad que tengan sino, tanto o más, por el lugar donde

⁸ La desigualdad es mucho más acusada dentro del sexo masculino (los varones de 65-69 años ingresan de media más de 850 euros, frente a los menos de 600 de los mayores de 85) que del femenino (las mujeres de 65-69 años cobran por estas pensiones 522 euros, frente a los 392 euros de las mayores de 85 años).

residan. En efecto, un jubilado vasco ingresaba en 2005 por su pensión 883 euros al mes, como media; uno gallego, en cambio, menos de 560. La comparación entre provincias amplía el diferencial pues la dotación de estas pensiones se alzaba sobre los 900 euros en Vizcaya, cuando en otras 16 provincias españolas no llegaba a los 600 (en Ourense, ni a los 500).

Gráfico 3. Importe medio de las pensiones contributivas de jubilación en 2005, según sexo, grupos de edad y algunos territorios



Fuente: Anuario de Estadísticas Laborales y de Asuntos Sociales 2005, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales

Amén de estas diferencias, llama la atención la escasez general de ingresos que suministran las pensiones (peor si se trata de las de viudedad). No deja de sorprender entonces que el 30% de los hogares españoles tengan por sustentador principal a una persona de 65 o más años, según la Encuesta de Presupuestos Familiares que realiza el INE. Y más aún extraña el alto grado de satisfacción que manifiestan los mayores con su situación económica: datos de la Encuesta sobre Condiciones de Vida de los mayores, aplicada en 2004 por el IMSERSO, muestran a un 45% de satisfechos y un 10% de muy satisfechos, frente al 15% de insatisfechos y el 5% de muy insatisfechos (el restante 25%, regular).

4. Formas de convivencia y deseo de autonomía

El milagro de la supervivencia que decíamos antes, entre otros tantos beneficios, está alargando la vida conyugal puesto que se enviuda cada vez más

tardíamente. Suele desconocerse sin embargo que más de la mitad de las personas mayores viven en casa con su pareja (bien sea exclusivamente con ella o acompañados por hijos u otros familiares). Otros dos hechos destacables con respecto a la forma de convivencia son⁹: primero, que uno de cada cinco mayores vive en solitario, una cifra que además va en clara progresión (como perfil principal, se trata de una mujer, viuda, de unos 75 años); segundo, que únicamente el 2% de toda la población mayor habita en viviendas colectivas (residencias, hospitales, etc.), porcentaje que dicho sea de paso el prejuicio social suele inflar hasta el 20, el 30 o el 40%, y tal vez más.

La etapa matrimonial no deja de ganar terreno sobre la fase de viudez, así es, pero cuando ésta última llega su carácter se antoja definitivo en la gran mayoría de los casos. La constitución de nuevas parejas entre solteros/as, viudos/as, o divorciados/as es escasa porque existen poderosas razones para rechazarla (López Doblas y Díaz Conde, 2005: 167-168). Además de desechar la idea de volverse a casar, las personas mayores son menos propensas a emprender el camino que solía recorrerse antaño, a nada de enviudar, del domicilio propio al de algún hijo/a para evitar la soledad o estar bien atendidas aun al precio de agotar pasivamente la existencia. Y es que, rompiendo con los moldes tradicionales, las personas mayores desean evitar a toda costa suponer una carga para sus familiares, incluso cuando la salud no les acompañe y puedan sufrir dependencia. Es en este marco que la *Ley de Promoción de la autonomía personal y atención a las personas en situación de dependencia*, recientemente aprobada, puede satisfacer el deseo de las personas mayores y adaptarse a la vez a la realidad social que emerge en España.

Con la familia se coexiste más, pero se convive menos. El estilo de vida independiente que unas generaciones desean tener respecto a las otras motiva que, aunque haya más parientes que nunca, los marcos relacionales se hayan transformado sustancialmente. Persiste la tendencia a residir cerca unos de otros, pero no gusta tanto la convivencia bajo un mismo techo. En el caso de las personas viudas, la resistencia a abandonar el hogar propio es bien firme, gracias en gran medida a que se han desterrado las representaciones sociales de abandono familiar

⁹ Son datos obtenidos del censo de población de 2001, tras elaboración propia.

que antes se asociaban al hecho de que alguien de edad avanzada viviera solo/a. La independencia residencial no debilita los lazos con los seres queridos dado que se puede mantener una fluida comunicación a distancia. El auge que se está dando en la cifra de hogares unipersonales habitados por mayores indica modernidad familiar y social, y no tanto informa de crisis (López Doblas, 2005).

5. Familia y relación intergeneracional

Llama la atención la insólita composición poblacional que distingue a la España actual de la de cualquier otro momento histórico, habida cuenta de que existen muchos más habitantes por encima de los 65 años de edad (7.484.392) que por debajo de los 15 años (6.375.395). Si en el pasado solían ser legión los niños que se criaban sin abuelos (en no pocos casos, ni siquiera se llegaba a conocerlos) en el presente casi todos ellos logran encarnar la figura del 'nieto' y muchos la del 'biznieto'. Más aún, la conservan no sólo en la etapa infantil de la vida, sino también en la juvenil y quizás entrada la adulta. Nos sorprendería conocer, por lo elevado, la cantidad de abuelos y sobre todo abuelas que asisten a la boda de sus nietos, y eso que España no es una nación que destaque precisamente por la precocidad con que los contrayentes celebran su matrimonio (en 2006 la edad media al primer matrimonio ronda los 31 años para el hombre y los 29 para la mujer, según el INE).

Al calor de esta novedad histórica, las relaciones intergeneracionales se encuentran proliferando en una magnitud que era impensable tiempo atrás. La coexistencia entre tres o cuatro generaciones es cada vez más frecuente en el número de casos, así como más duradera allí donde se llega a dar. Contribuye a ello el que la red familiar de las personas mayores sea en la actualidad más densa que nunca. De acuerdo que hay menos nietos por término medio que en el pasado, pero no olvidemos que las mujeres que cuentan ahora con 70 o más años mantuvieron unos altos índices de fecundidad: muchas fueron las madres actoras del *baby boom*, lo que se traduce hoy en una cantidad relativamente abundante de hijos. También se comparte por más tiempo la existencia con los hermanos y demás miembros de la

familia, gracias al alargamiento de la esperanza de vida en las edades avanzadas: en 2002, la referida a los 65 años rozaba los 19 años (para ambos sexos), cuando en 1990 era de 17,52 años, en 1970 de 14,70 años y en 1950 de 12,75 años (Fuente: Anuario Estadístico de España 2006. INE).

Son tendencias de gran interés sociológico, sobre todo si se las conjuga con otro profundo cambio social (de muy acelerada ejecución en lo que hace a la población española) como es el incremento de la tasa de actividad laboral femenina y los obstáculos que encuentran muchas mujeres para compaginar la vida profesional con la familiar, máxime cuando son madres. Precisamente es aquí donde conviene ubicar la solidaridad intergeneracional a la que venimos aludiendo, que es imposible de cuantificar en clave macroeconómica y, tal vez por ello, esté siendo minusvalorada a nivel social. Solidaridad, sí, de unas personas mayores posibilitando que sus hijos, hijas, nueras y yernos sigan desarrollando su carrera y, por ende, ingresando y logrando la mejor calidad de vida posible. Solidaridad además ayudando a la socialización de los nietos, en ocasiones desde el instante mismo de su nacimiento, y rellenando un hueco fundamental.

Curiosamente, es una solidaridad que en no pocos casos comienza a ejercerse en contextos de reciente jubilación. El retraso que viene registrando en España durante las últimas décadas la edad media con que las mujeres españolas tienen a su primer hijo (en 2005 era de 29,33 años, cuando por ejemplo en 1990 era inferior a los 27 años, según el INE) está significando que los abuelos y abuelas se estrenen como tales a una altura de sus vidas cada vez más tardía, quizás estando próximos a los 60 años o incluso habiendo cumplido ya dicha edad. Ello implica, en efecto, que es un momento que viene a coincidir a menudo con la fecha en que muchas personas abandonan con carácter definitivo el mercado de trabajo, luego es casi en simultáneo cuando adoptan tan novedosos y determinantes roles.

En fin, el avance de la población de 65 o más años en relación a los demás segmentos de edad, especialmente el juvenil, es origen de importantes repercusiones sociales. Si es que se las quiere juzgar, unas conllevarán la expansión de problemas sociales pero otras, en contrapartida, supondrán extraordinarias mejoras. Es un hecho innegable que el gasto farmacéutico y de

pensiones tiende a aumentar conforme la población envejece, pero tampoco debe ignorarse ese creciente flujo de solidaridad que parte de las personas mayores y beneficia al resto de las generaciones (Attias-Donfut, 1995). Su buen ejercicio es posible gracias a un marco de elevada frecuencia relacional: en España, la mitad de las personas mayores ven a algún familiar a diario y otro 30% al menos una vez a la semana (Pérez Ortiz, 2006: 244). Y es que, en las sociedades occidentales, *“la dimensión intergeneracional no está devaluada ni es incompatible con la construcción del individualismo o la independencia residencial”* (Attias-Donfut y Segalen, 2002: 291-292)

Conclusiones

A principios del siglo XX tan sólo uno de cada veinte españoles poseía 65 o más años, lo que convertía a la ‘vejez’ en un hecho singular. En la actualidad, sin embargo, es algo de lo más corriente ya que por encima de esa edad hallamos a la sexta parte de cuantos habitantes existen en el país. Tan enorme progresión cuantitativa ha motivado asimismo profundos cambios en el plano cualitativo. Hoy resultan normales circunstancias que en épocas no muy lejanas eran extraordinarias, comenzando por la generalización social que se ha dado de la figura del abuelo. Igual podríamos decir de los estilos de vida que han ido adoptando las personas mayores, cada vez más libres y plurales, y de sus actitudes y sus comportamientos: por ejemplo, tras enviudar se tiende más a reconstruir la personalidad y a reasignar sentido a la existencia propia; tras la jubilación, existe más iniciativa y menos resignación, más replanteamiento y menos pasividad vital.

Son aspectos que centran la mirada de la sociología, cuyo interés por el envejecimiento se ha generado no obstante en fechas bastante recientes (no antes del último tercio del siglo XX), quizás porque tradicionalmente la edad ha sido una variable a la que no se la ha prestado excesiva atención frente a otras como la clase social. La apertura del conocimiento y la práctica sociológicos más allá de su original atracción por los temas macrosociales (hechos sociales, estructuras sociales)

también ha contribuido a que el estudio de fenómenos como el envejecimiento haya ido a más, enfocado sobre todo desde el llamado *individualismo metodológico*, óptica que enfatiza la importancia de la acción social y la necesidad de interpretar su significado.

En verdad, las personas mayores comparten un mismo grupo de edad pero, a la vista de su heterogeneidad, no es correcto afirmar que constituyan un grupo social. Estamos completamente de acuerdo con la advertencia que hace Caradec (2001) sobre la precaución con que debemos tomar los resultados que a menudo ofrecen los estudios globalizadores: en especial, mucho cuidado con las proposiciones del tipo '*las personas mayores son...*' o '*las personas mayores piensan...*', porque su afán generalizador puede encubrir la diversidad más allá de lo tolerable, hasta el punto de contribuir al origen o la perpetuación de determinados prejuicios y estereotipos sociales.

Lecturas recomendadas

* López Doblas, J. (2005): *Personas mayores viviendo solas. La autonomía como valor en alza*”. Madrid. IMSERSO. Corresponde a una investigación sociológica que aporta conocimiento cuantitativo y sobre todo cualitativo acerca de las personas mayores que residen solas en su hogar. El libro ofrece información sobre sus rasgos sociodemográficos, sus motivos para vivir en solitario y no de otra forma, sus problemas cotidianos y el modo en que lo solucionan, sus relaciones sociales y su vinculación familiar, entre otros temas.

* Pérez Ortiz, L. (2006): *La estructura social de la vejez en España. Nuevas y viejas formas de envejecer*. Madrid. IMSERSO. Contiene resultados de enorme interés procedentes de la ‘Encuesta de Condiciones de Vida de los Mayores’, aplicada por el IMSERSO. Se estructura en las siguientes áreas temáticas: relaciones personales (formas de convivencia, familia y relaciones de amistad); dependencia, salud y cuidados; condiciones materiales de vida; y la experiencia de envejecer (ocio, tiempo libre, bienestar psicológico, etc).

* Pinazo Hernandis, S. y Sánchez Martínez, M. (2005) (dirs.): *Gerontología. Actualización, innovación y propuestas*. Madrid. Pearson Educación S.A. Manual de Gerontología bien diferente de los tradicionalmente publicados. Aporta frescura en la reflexión y la práctica de la disciplina, con contenidos que hasta el momento apenas se habían desarrollado. Se debate en él sobre el presente de la Gerontología y se tratan aspectos cruciales del envejecimiento que tienen que ver con el género, la salud, la calidad de vida, el apoyo social, la vinculación abuelos-nietos, los programas intergeneracionales y el envejecimiento productivo, entre otros.

* Sancho, M. T.; Abellán, A. y Pérez Ortiz, L. (2005). *Las personas mayores en España. Informe 2004*. Madrid. IMSERSO. Obra muy consultada, contiene una abundante documentación, básicamente cuantitativa, sobre la situación de las personas mayores en España (también se aporta información desagregada por Comunidades Autónomas). Encontramos en ella multitud de indicadores sobre

aspectos demográficos, económicos, de vivienda, de salud, sociales, etc. Una gran ventaja es que sus resultados pueden ser comparados con los publicados en los anteriores *informes* 2000 y 2002, así como con los que seguirán apareciendo en el futuro.

Referencias bibliográficas

Attias-Donfut, C. (1995): "Le double circuit des transmissions". En C.Attias-Donfut (dir.): *Les solidarités entre générations. Vieillesse, Familles, État*. Nathan. París.

Attias-Donfut, C. y Segalen, M. (2002): "The construction of grandparenthood". *Current Sociology*, vol. 50, nº. 2, pp. 281-294.

Caradec, V. (2001). *Sociologie de la vieillesse et du vieillissement*. París. Armand Colin.

Dumont, G. F. (1995). *El festín de Cronos: el futuro de la población en Europa*. Madrid. Rialp.

López Doblas, J. (2005): *Personas mayores viviendo solas. La autonomía como valor en alza*". IMSERSO. Madrid.

López Doblas, J. y Díaz Conde, M^a del Pilar (2005): "Les personnes âgées vivant seules en Espagne". *Retraite et Société*, nº 45, pp. 158-187.

Pérez Ortiz, L. (2006): *La estructura social de la vejez en España. Nuevas y viejas formas de envejecer*. Madrid. IMSERSO.

Sardon, J. P. (2006). "Évolution démographique récente des pays développés". *Population*, vol. 61 (nº. 3), pp. 225-300.

Sauvy, A. (1989). L'Europe oublie ses hommes. En F. Geinoz, F. Siebenthal, A. Suárez y M. Tricot (dirs.): *Europe, l'hiver démographique* (pp. 119-125). Lausana. L'Âge d'Homme.